

LOS AMERICANISTAS Y EL PASADO DE AMÉRICA: TENDENCIAS E INSTITUCIONES EN VÍSPERAS DE LA GUERRA CIVIL

POR

SALVADOR BERNABÉU ALBERT
Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

En este trabajo se analiza la situación del Americanismo en España en vísperas de la Guerra Civil, acontecimiento que de forma violenta quebró una comunidad científica en pleno auge, como demuestran las secciones, cátedras, centros, institutos y seminarios que se crearon durante los años de la Segunda República. La apuesta de los gobiernos por impulsar las relaciones con América Latina favoreció el intercambio de profesores, el envío de becarios, la celebración de congresos en ambos lados del Atlántico y la publicación de colecciones de monografías y revistas especializadas. El estudio se centra en las fundaciones de Madrid y Sevilla, que se convirtieron en los centros más activos del Americanismo español. Junto a las instituciones y a los protagonistas, nos interesa destacar las novedades metodológicas y temáticas, así como los esfuerzos por consolidar los estudios precolombinos.

PALABRAS CLAVE: *Americanismo, universidad, educación, relaciones internacionales, Segunda República.*

INTRODUCCIÓN

El ascenso imparable del hispanoamericanismo desde finales del siglo XIX fue una de las señas de identidad más evidentes y difundidas del nacionalismo español y de su proyección internacional. La *Madre Patria* buscó articular una comunidad transnacional en torno a cuatro ejes principales: el idioma, la religión, las costumbres y la historia. Con estos elementos, ensalzados o cuestionados, el nacionalismo español articuló sucesivos proyectos de relación con las naciones iberoamericanas e imaginó diferentes modelos de comunidad transnacional (casi siempre presididos por España). Sin embargo, la variedad de concepciones del hecho nacional generó la aparición de diferentes corrientes internas en el movimiento hispanoamericanista, que fueron acompañadas de plurales visiones de la

realidad, la imagen y el pasado del continente americano¹. En consecuencia, la enseñanza, el estudio de la historia en las escuelas y universidades y la escritura histórica adquirieron gran importancia para los diversos sectores políticos y culturales que compitieron por el control social, la legitimidad política y el liderazgo cultural durante la Restauración y la Segunda República. No obstante, las limitaciones económicas, el alto nivel de analfabetismo, la inestabilidad política y otros factores disminuyeron la efectividad de las iniciativas de los diversos gabinetes liberales y republicanos en la opinión pública y en el aumento del número de universitarios e investigadores.

Para el Americanismo español, la historia fue un componente esencial tanto por la necesidad de crear y dar sentido a una comunidad, una trayectoria y un futuro en común, como por su poder político de integración, de argamasa que uniera el cañamazo de relaciones sociales, económicas, culturales y políticas generadas entre los hombres, las mujeres, las ideas y los proyectos de las naciones-estado de ambas orillas del Atlántico. Además, el interés por la historia y la historiografía aumentó en España y en Europa como elemento esencial de la solidaridad nacional y de la conciencia cívica, que se descubrieron como fundamentales a la hora de inculcar valores patrióticos o nacionales a sus ciudadanos². En adelante, los políticos incluyeron esta disciplina entre las asignaturas básicas de la educación primaria y secundaria, además de invitar a historiadores a los estrados de clubes, ateneos, sedes de partidos y escuelas de adultos para impartir charlas y cursillos. La historia tenía que renovarse: en lugar de un depósito de nostalgias debía convertirse en un elemento transformador de la sociedad que cumpliera con funciones pedagógicas y terapéuticas. Desde los reformadores ilustrados del siglo XVIII hasta los modernos planes educativos diseñados por la Institución Libre de Enseñanza, la historia se encumbró como asignatura clave en la formación del alumnado. No fue casualidad que el padre del Americanismo, Rafael Altamira, fuese elegido Director de Primera Enseñanza en 1914 y que simultaneara durante toda su vida las iniciativas americanistas con una sesuda reflexión sobre la pedagogía, la enseñanza de la historia y la historia de la historiografía.

En el relanzamiento de los vínculos con Iberoamérica de los distintos gobiernos de la República, el estudio del pasado americano cobró cada día mayor interés, concretándose algunos proyectos que venían demandándose desde finales del siglo XIX. Entre las creaciones americanistas de los gobiernos de la Segunda República española (1931-1939), destacan dos centros de investigación fundados para analizar el pasado del continente americano: el *Centro de Estudios de Historia de América* en Sevilla y la sección de estudios americanos del *Centro de Estudios Históricos* de Madrid. Ambas instituciones materializaron un largo anhelo del americanismo español —pedido en asambleas, congresos científicos, foros

¹ SEPÚLVEDA, 2005.

² Véase, por ejemplo, BOYD, 2000.

políticos y memorias particulares y oficiales— por contar con centros modernos que difundieran las nuevas metodologías con las que superar las debilidades (retórica vacía y escasa preparación) y desterrar los excesos de la leyenda negra. Mariano Méndez Bejarano escribió en 1926 que: «Parece increíble que nuestros imprevisores Gobiernos no hayan instaurado, muchos años ha, un Instituto de Estudios americanistas allí donde nuestros hermanos del otro hemisferio se creen en su propia casa [Sevilla], donde el viento suspira, a la vez, melancolías de soledades y de guajiras, donde los muelles gimen por las flotas americanas y el Archivo de Indias espolea la docta curiosidad con el tesoro de sus inagotables documentos»³.

NUEVOS CENTROS, NUEVO PASADO

La progresiva instauración de la Historia de América como disciplina universitaria facilitó que los esfuerzos gubernamentales se centraran en la Universidad Central, la más importante del país, y en el Centro de Estudios Históricos, espacio de investigación creado por la Junta de Ampliación de Estudios para impulsar el moderno sistema de investigación científica en España⁴. No obstante, la historia de América siguió cultivándose con éxito en periódicos, revistas, asociaciones (como la Unión Ibero-Americana, la Real Sociedad Colombina Onubense, la Real Academia Hispano-Americana de Cádiz, la Asociación Francisco de Vitoria, el Instituto Jurídico Iberoamericano de Derecho Internacional Comparado de Madrid, la Agrupación Americanista de Valencia, la Unión Americanista Malacitana, la Casa América de Barcelona, la Biblioteca América de Santiago de Compostela, etcétera)⁵. Conforme avanzó el siglo XX, el liderazgo en el americanismo historiográfico pasó de los eruditos, bibliófilos, políticos, literatos, aficionados y mecenas a los archiveros y a los grupos universitarios (catedráticos, profesores, colaboradores y becarios), quienes obtuvieron el apoyo del Estado para abrir los primeros centros de investigación.

A ejemplo de otras fundaciones de la JAE, se diseñaron los nuevos centros como seminarios pequeños, a modo de tentativa, sin grandes presupuestos ni instalaciones, pero con la voluntad de ir cimentando los trabajos aprovechando la formación y el prestigio nacional e internacional de investigadores de primera fila. Ellos se encargarían de reunir los primeros discípulos y colaboradores y de impulsar los nuevos métodos históricos y la divulgación de los resultados alcanzados gracias a las revistas y a los ciclos de conferencias. En Madrid, el lingüista e historiador Américo Castro fue el *alma mater* de la nueva sección de América,

³ MÉNDEZ BEJARANO, 1 (Madrid, 1926): 27-28.

⁴ LÓPEZ SÁNCHEZ, 2006.

⁵ Para un análisis general, véase PASAMAR, 1990.

que se integró en el prestigioso Centro de Estudios Históricos, si bien en un principio se pensó en crear un centro independiente. A Sevilla llegaría con el mismo encargo José María Ots Capdequí, catedrático de Derecho de la Universidad de Valencia desde enero de 1931, que volverá a la capital andaluza en comisión de servicio —fue catedrático de la hispalense desde 1924— para pilotar el nuevo centro. Tanto Castro (1885-1972) como Ots Capdequí (1893-1975) se doctoraron en la Universidad Central de Madrid y eran simpatizantes del republicanismo. Ambos participaron en la azarosa vida política de los años veinte y treinta mediante ligas, comités y juntas, situándose en los círculos cercanos a Azaña: fueron, pues, historiadores de una gran compromiso político y social, a los que no renunciaron durante los años de exilio.

Además de estos centros, se creó un Seminario de Estudios Americanos en la Universidad Central de Madrid, impulsado por Antonio Ballesteros Beretta, con el fin de introducir en nuestro país los estudios antropológicos y etnográficos sobre los pueblos americanos; empresa que sería completada con la creación de la cátedra Cartagena en el seno de la Real Academia de la Historia. Entre los tres grupos surgió pronto la colaboración y la franca amistad, como demuestran los tres artículos de Ots Capdequí que se incluyeron en *Tierra Firme*⁶, la revista de la sección de América del Centro de Estudios Históricos, y la incorporación de Manuel Ballesteros, alumno del seminario de la Central en la sección del viejo case-rón de la calle Medinaceli. Los directores de los centros también trataron de coordinar las visitas y cursos de historiadores extranjeros en ambas ciudades y, al no tener el centro sevillano una revista, (que quedó en proyecto), Ots se convirtió en una especie de corresponsal de *Tierra Firme* en Sevilla para enviar ensayos y reseñas de los americanistas andaluces. Los lazos de amistad y colaboración se extendieron a varios de los integrantes de ambos centros, que habían seguido cursos doctorales con Altamira en la Universidad Central de Madrid. El mexicano Silvio Zavala, que fue autor de los dos libros editados por la sección americana del Centro de Estudios Históricos, siguió los cursos del sabio alicantino durante varios años, mientras el propio Ots Capdequí fue, como es sabido, su discípulo más destacado, lo que demuestra el poderoso influjo de Altamira en las nuevas generaciones de la República.

También existían algunas diferencias notables. El centro sevillano apostó desde el principio por la enseñanza, buscando la formación de nuevos alumnos para enriquecer el panorama español mediante cursos generales y seminarios especializados. Y, aprovechando las becas del Instituto Hispano-Cubano, dedicó buena parte de sus esfuerzos a catalogar diversos ramos del Archivo General de

⁶ OTS CAPDEQUÍ, 3 (Madrid, 1935): 143-160; OTS CAPDEQUÍ, 1 (Madrid, 1936a): 73-87; OTS CAPDEQUÍ, 3-4 (Madrid, 1936b): 353-381. Véase la edición facsimilar de la revista *Tierra Firme* con un estudio introductorio de Salvador Bernabéu Albert y Consuelo Naranjo Orovio. BERNABÉU y NARANJO (eds.), 2007.

Indias y del Archivo de Protocolos. También la formación de alumnos, pero esta vez en la historia precolombina, fue el principal empeño del Seminario creado por Ballesteros en la Universidad Central. En cambio, la sección de América del Centro de Estudios Históricos se dedicó a la investigación, a la realización de seminarios especializados y a diseñar una revista (*Tierra Firme*) que sirviese de unión entre los intelectuales españoles e iberoamericanos. Además, la proximidad con otros proyectos y miembros del Centro de Estudios Históricos permitió extender las nuevas corrientes de pensamiento en filología, ciencias jurídicas e historia a los estudios americanistas.

Desde luego, los investigadores y centros, que vamos a analizar a continuación con más profundidad, no fueron los únicos que se ocuparon de esclarecer y descifrar la historia americana. La diversidad ideológica de la sociedad española también tendrá su reflejo en las visiones del pasado y en la forma de abordarlo. Ramiro de Maeztu, por ejemplo, señalaba en su provocador *Defensa de la Hispanidad* (1934) que la Historia estaba llamada a transformar los panoramas espirituales, pues descubriría las verdaderas causas de la emancipación de América, que fue el afrancesamiento de los reyes y sus ministros. Maeztu defendía la grandeza de la comunidad de pueblos hispánicos gracias a la restauración de sus dos fundamentos: la religión católica y la Monarquía católica, concluyendo con la siguiente sentencia: «Nuestra comunidad no es racial, ni geográfica, sino espiritual. Es en el espíritu donde hallamos al mismo tiempo la comunidad y el ideal. Y es la Historia quien nos lo descubre»⁷.

Estas posturas tradicionalistas no eran, por supuesto, mayoritarias, y, en vísperas de la guerra civil, el panorama de ideas, proyectos e investigaciones sobre el pasado de América era mucho más rico y variado. Como ha señalado Gustavo H. Prado: «España contaba con instituciones encargadas de fomentar el intercambio intelectual hispano-americano e internacional, de enviar intelectuales, docentes y científicos al extranjero; residencias para albergar estudiantes y pensionados; un centro de investigaciones y formación históricas; un pequeño instituto de estudios americanistas en Sevilla; acuerdos de intercambio con Universidades de los EEUU; tratados comerciales, embajadas latinoamericanas en Madrid y españolas en América; varias cátedras universitarias americanistas y al menos dos docenas de asociaciones de diferente competencia amén de varios foros y publicaciones de temática americanista»⁸. A los proyectos progresistas e innovadores de la República dedicaré los siguientes apartados.

⁷ MAEZTU, 2005: 32.

⁸ PRADO, 2007: 85.

EL AMERICANISMO UNIVERSITARIO MADRILEÑO: DE LOS ESTUDIOS INSTITUCIONALES AL INDIGENISMO.

El protagonismo de Rafael Altamira (1866-1951) en el desarrollo del Americanismo español de principios del siglo XX se extendió a los medios universitarios con la creación de una cátedra de Historia de las Instituciones políticas y civiles de América en la Universidad Central (1914)⁹. En sus seminarios se formaron varios de los líderes del Americanismo republicano. Por ejemplo, José María Ots Capdequí asistió a la cátedra durante los años 1914-1917 y Silvio Zavala seguiría sus enseñanzas en el curso 1930-1931. El temario general del gran pensador alicantino es conocido gracias a los programas de la materia y a varios diarios¹⁰, pero además del curso ordinario, Altamira impartió un seminario monográfico diferente cada año. Así, en el correspondiente a 1931-1932 disertó —en colaboración con su ayudante Manuel Magariños— sobre el origen de la *Common Law* en Inglaterra y los Estados Unidos. En 1932-1933 el tema tratado fue una comparación entre los sistemas coloniales españoles y anglosajones en América; y en 1933-1934 la materia elegida fue la génesis de los recientes movimientos políticos en los países hispanoamericanos. Por último, en el curso 1934-1935, el ayudante Magariños comentó la *Política Indiana*, del jurista Solórzano Pereira, mientras Altamira disertó sobre la formación de las nacionalidades americanas, analizando especialmente el proceso colombiano¹¹. Su jubilación el 7 de febrero de 1936 sólo fue una medida administrativa, pues el profesor alicantino siguió impartiendo su magisterio en el exilio mexicano, donde murió el primero de junio de 1951.

La segunda cátedra americanista de la Universidad Central, titulada Historia de América, fue desempeñada por Antonio Ballesteros Beretta por renuncia de Eduardo de Hinojosa. Ballesteros, abogado, escritor e historiador nacido en Roma en 1880, era titular de la cátedra de Historia de España Antigua y Media desde 1913 y posteriormente de Historia de España (1920), acumulando la de Historia de América. Esta última materia la enseñaba en el primer curso de la carrera de Filosofía y Letras, mientras la de Historia de América pertenecía al doctorado. Hombre de gran actividad, don Antonio fue presidente de la Sección de Historia del Ateneo de Madrid, académico de la Historia (1918), gobernador de Sevilla (1919), director de dos colecciones dedicadas al pasado de América (la *Biblioteca de Historia Hispano-americana* y la *Serie A* de la Editorial Voluntad) e impartió numerosos cursos y conferencias en diversos países de Europa y América. Conservador y monárquico, Ballesteros padre (como se le conoce entre los americanistas) fue profesor de los hijos de Alfonso XIII y durante la guerra —tras

⁹ Este nombramiento se ha interpretado como la desarticulación del proyecto ovetense de liderar un americanismo regional separado del estatal. DALLA CORTE y PRADO, 2006: 195-216. SÁNCHEZ-BARBA, 1983: 30-31.

¹⁰ ALTAMIRA, 1932.

¹¹ ALTAMIRA, 1948, II: 42-55.

refugiarse en la embajada de México— se unió al bando nacional, encabezando la expedición de maestros a la Italia fascista que organizó el ministerio de Educación Nacional en 1938. Terminada la contienda, se convirtió en el principal organizador del americanismo español desde sus cátedras acumuladas de Historia de América, Historia de la Colonización Española, Historia de los Descubrimientos Geográficos y Geografía de América, además de dirigir el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (CSIC), la *Revista de Indias* (1940-1949) y la Escuela de Estudios Hispano-Americanos (1942-1946)¹². Murió en Pamplona en 1949.

Antonio Ballesteros, que era un reconocido especialista en la época medieval, se interesó por el Americanismo cuando Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático de Historia Universal de la Universidad de Zaragoza, lo invitó a redactar varios capítulos sobre tres repúblicas americanas (Colombia, Venezuela y Ecuador) para la edición en castellano de la *Historia del Mundo Moderno* de la Universidad de Cambridge. En sus clases, al igual que hiciera Altamira, impuso a los alumnos la elaboración de trabajos originales de investigación, que debían basar en documentación inédita. Para extender la labor docente y ayudar a sus discípulos en las actividades investigadoras, creó en 1934, en la nueva Facultad de Filosofía y Letras, inaugurada dos años antes, un Seminario de Estudios Americanistas que funcionó hasta los primeros meses de la contienda civil. El seminario estuvo formado por becarios (por ejemplo, Leopoldo Castedo y Vicente Rodríguez Casado), profesores adscritos (Huberto Pérez de la Ossa), estudiantes del doctorado (los franciscanos Pascual Kerwin y Wheler) y colaboradores, amén de una pequeña biblioteca, varios ficheros y las primeras donaciones de lo que es actualmente el Museo de las Colecciones de Arqueología y Etnología de la Universidad Complutense de Madrid¹³. Entre los profesores invitados a impartir seminarios hay que destacar la llegada de especialistas en la arqueología y la etnografía americanas, materias que estaban muy descuidadas en España. Como señaló Manuel Ballesteros Gaibrois en un pionero examen del Americanismo español, aparecido en 1933, de los diversos campos del mismo: «la región etnológico-arqueológica está virgen en España»¹⁴.

En Madrid impartieron clases Walter Lehmann, de la Kaiser Wilhelm Universität (Berlín), la holandesa Guda Duyuis y el alemán Hermann Trimborn, profesor de Etnología de la Universidad de Bonn, que echó raíces en la ciudad. Como escribió Ballesteros en el prólogo de la colección *Historia de América y de los pueblos americanos* (1936): «La palabra *Americanismo* tiene hoy una aceptación lata y de proporciones inconmensurables. No es sólo americanista el que aborda puntos más o menos dilucidados de la época de la Conquista o Colonización europea en América; el vocablo se aplica, y ahora casi con preferencia, al

¹² PEIRÓ y PASAMAR, 2002: 101-103.

¹³ CIUDAD e IGLESIAS, 16 (Madrid, 2005): 233.

¹⁴ BALLESTEROS, 2 (Madrid, 1933): 232.

que se dedica a las culturas existentes, siglos anteriores a la aparición de los españoles, en la orillas del mar Caribe: es decir, a horizontes vastísimos de conocimientos, a verdaderos océanos culturales, donde caben multitud de especialidades, si no contrapuestas, al menos de una diversidad inconfundible»¹⁵. El catedrático madrileño escribió en los días previos al estallido de la contienda que: «hay en España una sensibilidad americanista que no existía hace diez años».

En relación con los estudios precolombinos, hay que resaltar tres acontecimientos importantes durante los años de la República. En primer lugar, la creación en 1935 de una cátedra de Arqueología Precolombina y Etnografía de América, también llamada *Cátedra Cartagena* en honor de su patrocinador (Aníbal Morillo y Pérez, conde de Cartagena), ubicada en la sede de la Academia de la Historia de Madrid, que funcionó entre 1936 y 1939. El investigador que ocupó el cargo en vísperas de la contienda civil fue el citado Hermann Trimborn (1901-1986), si bien la nueva cátedra estuvo supervisada por otros eminentes historiadores de la Universidad Central, como Ballesteros, Altamira y Menéndez Pidal. Trimborn fue seleccionado por su preparación en «los métodos modernos» y sus buenas dotes para la docencia. Sus alumnos españoles, como Antonio Ballesteros Gaibrois o Manuel Almagro¹⁶, también recibieron las sabias lecciones de Walter Lehmann, a quien se le preparaba una nueva cátedra en la Universidad Central en los meses que estalló la guerra.

Otra iniciativa truncada por la contienda civil fue la Asociación de la Arqueología Americana, fundada a iniciativa de Rafael Altamira tras el éxito de la exposición de la colección de arte incaico propiedad del poeta bilbaíno Juan Larrea (1901-1986), que se realizó en la Biblioteca Nacional de Madrid en 1935. Larrea, que había recogido los materiales de su colección en el transcurso de un viaje al Perú, la presentó en París en 1933, en el Museo Etnográfico del Trocadero. Allí tuvo un gran éxito, que se repitió en su presentación madrileña. De ambas muestras se publicaron dos catálogos. En francés: *Art des incas*, escrito por Paul Rivet, y en español el *Catálogo de la exposición ARTE INCA (Colección J.L.)* (Madrid, 1935), preparado por Hermann Trimborn y Pilar Fernández Vega, esta última funcionaria del Museo Arqueológico Nacional. También en 1935, con motivo del XXVI Congreso Internacional Americanista, la colección viajó a Sevilla, editándose un nuevo catálogo con ilustraciones que financió la organización del congreso¹⁷. Tras su paso por la capital hispalense, la *Colección Larrea* quedó depositada en el Museo Arqueológico Nacional con el objeto —según su propietario— de que los alumnos de la reciente cátedra de Arqueología Precolombina y Etnografía de América pudieran estudiarla. Finalmente, en 1937, la colección fue donada al Museo y Biblioteca de Indias, antecedente del Museo de América, que fue inaugurado por el gobierno de la República¹⁸.

¹⁵ PERICOT, 1936: VII.

¹⁶ PALMIRA, 1997: 463-470.

¹⁷ ARTE PERUANO, 1935.

¹⁸ RAMOS y BLASCO, 7 (Madrid, 1979): 79-93.

Por último, habría que resaltar la aparición del libro *América Indígena* de Luis Pericot y García, libro pionero sobre la antropología americana que vino a llenar un vacío en los estudios americanistas españoles. Pericot (1899-1978), arqueólogo e historiador, pensionado de la JAE y especialista en la prehistoria levantina, era desde 1934 catedrático de historia moderna y contemporánea de la Universidad de Barcelona (1934) y catedrático agregado de Etnología de la nueva Universidad Autónoma de Barcelona (1933). A esta última especialidad pertenecía su *América Indígena*, que formaba parte de una de las empresas más ambiciosas de la historia del Americanismo español: la *Historia de América y de los Pueblos Americanos*, ideada por Antonio Ballesteros y el editor Santiago Salvat. La monumental historia americana estaba formada por veinticinco volúmenes, de los que se publicaron diecisiete tras la guerra civil. El único publicado antes de la contienda fue el de Pericot, convirtiéndose pronto en un libro de consulta obligada por los especialistas de dentro y fuera de España. Con ocasión de la segunda edición, en 1962, Donald W Lathrap escribió que: «The book is quite possibly the most useful single volume referente work on New World cultural history. It will continue to be of highest value to the Americanist for many years to come»¹⁹. Dividido en dos partes: «El hombre americano» y «Los pueblos de América», la obra de Pericot es una síntesis excelente de la etnografía americana, que el sabio de Gerona pudo realizar con la ayuda de Paul Rivet y de los fondos de varias instituciones galas.

Otra víctima de la guerra fue la expedición científica al Amazonas que dirigió hasta marzo de 1936 el famoso capitán Iglesias. Francisco Iglesias Brage (1900-1973), aviador, aventurero y amigo de poetas y pintores (García Lorca, Cernuda, Ernesto y Rodolfo Halffter, etcétera), concibió una expedición al Amazonas —heredera de las expediciones científicas del siglo XVIII— cuando sobrevolaba la Guayana Francesa con el *Jesús del Gran Poder*, avión que atravesó el Atlántico Sur —entre Sevilla y la brasileña Bahía— en cuarenta horas entre el 24 y el 26 de marzo de 1929. El éxito popular del *raid* fue enorme e Iglesias, aprovechando el poder de convocatoria, planteó este nuevo reto a la nación. La expedición comenzó a prepararse en 1929 y logró interesar a los gobiernos del Perú, Colombia, Ecuador y Brasil, a diversos colectivos de emigrantes, a empresarios y banqueros españoles y al propio gobierno, que nombró a un patronato científico de gran altura (Ignacio Bolívar, Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Gustavo Pittaluga, Blas Cabrera, Eduardo Hernández-Pacheco y E. Eloy Bullón), presidido por Fernando de los Ríos, Ministro de Instrucción Pública. Aunque nunca llegó a realizarse, el proyecto impulsó una interesante revista (*Crónica de la Expedición Iglesias al Amazonas*, 1932-1935) y una exposición de etnografía amazónica, que patrocinó la Sociedad Española de Amigos del Arte en 1936²⁰, compuesta por utensilios de

¹⁹ LATHRAP, 65/2 (Washington, 1963): 419.

²⁰ LÓPEZ GÓMEZ, 2002.

caza, pesca y guerra, materiales cerámicos, adornos y productos comerciales de la región.

LA SECCIÓN HISPANOAMERICANA DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS (1933-1938)

La creación de una sección de estudios americanos en el Centro de Estudios Históricos se aprobó en la sesión del 5 de julio de 1933 de la Junta de Relaciones Culturales (Ministerio de Estado), si bien su establecimiento formal se realizó más de un año después, en septiembre de 1934²¹. Esta sección fue la última en crearse en Medinaceli. Su principal impulsor fue Américo Castro, quien se convertiría en el director de la sección y, en consecuencia, en *constructor* del novel departamento. En la empresa tuvo el apoyo del director del centro, su maestro y amigo Ramón Menéndez Pidal, quien apadrinó el nuevo grupo que nacía en el Centro. Una de las pautas de cuño institucionista, y que de nuevo marcaron el inicio de la sección, fue su carácter de ensayo o experimento, tras reunir Castro un pequeño grupo de colaboradores al que se fueron agregando sucesivamente más profesores y alumnos. Los primeros en formar la sección fueron Ramón Iglesia, Raquel Lesteiro y Ángel Rosenblat²². Los tres estaban especializados en estudios literarios y lingüísticos, la materia predominante en el Centro y que aborraría los estudios americanistas durante el curso 1934-1935.

Ramón Iglesia, de 29 años edad, era licenciado en Historia por la Universidad Central y, tras ser lector en varias universidades del norte de Europa, entró en el cuerpo de archiveros y bibliotecarios, encargándose de la sección de compras en el extranjero de la Biblioteca Nacional de Madrid. Estaba casado con Raquel Lesteiro y ambos se encargaron de uno de los proyectos estrella de la sección: la edición crítica de la crónica de Bernal Díaz del Castillo: *Verdadera Historia de la conquista de la Nueva España*. Iglesia y Lesteiro tenían en común con el tercer colaborador, Ángel Rosenblat, el que todos ellos habían sido discípulos de Amado Alonso. Iglesia trabajó en la edición del *Enquiridión* de Erasmo de Róterdam, que editó Alonso en 1932. Rosenblat, judío polaco que había emigrado de pequeño a Argentina, fue alumno del profesor madrileño en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, que dirigió de 1927 a 1947. Tras disfrutar de una beca en la Universidad de Berlín entre 1931 y 1933, en mayo de este último año llegó al Centro de Estudios Históricos. En la sección elaboró, primero en compañía de Lázaro Sánchez Suárez y después en solitario²³, un gran fichero de

²¹ El acta de la sesión ha sido transcrita en TABANERA, 1996: 7-90. En el presupuesto de 1933 se habían consignado 50.000 pesetas para la nueva sección, pero desconozco si se hicieron efectivas, pues la citada sección no empezó a operar hasta 1934.

²² *Memoria*, 1936.

²³ En el informe de Castro a la Junta de Relaciones Culturales se señala que para el próximo año (1936) se encargaría del estudio de las lenguas e indios de América Ángel Rosenblat y Andrés

bibliografía de las lenguas indígenas de América que en octubre de 1935 contaba ya con diez mil papeletas. Además, Ángel Rosenblat realizó varios estudios etnográficos y lingüísticos sobre diversos pueblos de la región venezolana de Los Llanos y un estudio demográfico sobre la población indígena del continente.

A este primer grupo se agregaron en el curso 1935-1936 otros colaboradores que consolidaron las líneas abiertas e inauguraron otras nuevas. Entre los primeros estaba el salvadoreño Rodolfo Barón Castro, diplomático que realizaba sus estudios de doctorado en la Universidad Central (que se dedicó a los estudios demográficos junto a Rosenblat) y el extremeño Antonio Rodríguez Moñino, profesor de literatura de instituto e incansable investigador de libros y bibliotecas, que ayudó a Iglesia y Lesteiro en su edición de la crónica de Bernal Díaz del Castillo. A él se le debe el hallazgo de un desconocido manuscrito de la obra en la biblioteca personal del coleccionista murciano José Alegría.

Entre los colaboradores que abrieron nuevas líneas hay que destacar al mexicano Silvio A. Zavala, quien cursaba sus estudios de doctorado en la Central, especializándose en las instituciones jurídicas de la conquista y la colonización, y a Manuel Ballesteros Gaibrois, colaborador de la sección de Arte del Centro de Estudios Históricos, que se dedicó a la arqueología americana. Este último, hijo del ya citado Antonio Ballesteros Beretta, catedrático de Historia de América, y de Mercedes Gaibrois, había logrado un segundo doctorado en 1935 en la universidad alemana Kaiser Wilhelm. Los contactos de este grupo con Américo Castro se iniciaron en los primeros momentos de la sección, pero de forma intermitente, consolidándose en el segundo año de vida del departamento, cuando todos ellos integraban la redacción de la revista *Tierra Firme*²⁴. Manuel Ballesteros lo recordó años después:

«En lo que toca al Americanismo, éste era la especialidad más joven de las que se integraban en el complejo de estudios de Medinaceli, 4. Fue Américo Castro —que se llamaba así por haber nacido en el Nuevo Continente— el que, aunque parezca un juego de palabras, se impuso la tarea de hacer algo sobre América en el seno del Centro de Estudios Históricos, y realizó una recluta entre aquéllos que podríamos hacer algo. Así constituyó un pequeño grupo de jóvenes, constituido por Silvio Zavala, que preparaba su *Encomienda Indiana*, por Ángel Rosenblat (argentino de origen hebreo), Rodolfo Barón Castro, que preparaba un estudio sobre historia demográfica de El Salvador, su patria, Ramón Iglesia Parga, interesado por las crónicas de la Conquista, su esposa Raquel Lesteiro, y yo, que había sido pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios para doctorarme en Alemania en Antropología Americana. Entre to-

Acero. Desconocemos si este último llegó a colaborar con la sección antes de disolverse en el verano del 36.

²⁴ Durante 1935, Ballesteros obtuvo el doctorado en Alemania, Rodríguez Moñino aprobó la cátedra de Literatura y Zavala y Barón Castro intensificaron sus estudios de doctorado; el segundo de ellos repartió sus investigaciones y clases con el trabajo en la embajada.

dos formábamos, con el entusiasta D. Américo, la redacción de una Revista que no tardó en aparecer, *Tierra Firme*, donde Rosenblat publicó sus estudios sobre los Otomacos y Taparitas, en un primer intento de conocer las fuentes para la demografía indígena de América, Barón sus trabajos demográficos y yo mis estudios sobre la cerámica Nazca del Museo Arqueológico (Sección Americana), de Madrid»²⁵.

Aparte de este núcleo fuerte, la sección hispanoamericana contó con la ayuda y contribución de otros investigadores. Uno de los más entusiastas fue el geógrafo Juan Dantín Cereceda, catedrático del Instituto San Isidro, antiguo becario de la JAE y colaborador de la sección de Filología, quien, junto a Vicente Loriente Cancio, confeccionó varios planos del descubrimiento y la conquista en un *Atlas Histórico de Hispano-América*. Dantín, nacido en Madrid en 1881, fue el renovador de los estudios de Geografía Física y de Geología en España y, además de un reconocido investigador, escribió numerosas obras de divulgación y colaboraciones en *El Sol* y la *Revista de Occidente*²⁶. En 1922, el Instituto-Escuela editó *Exploradores y conquistadores de Indias: relatos geográficos*, libro que tuvo una larga vida bibliográfica. Este interés por la América de los descubrimientos lo convertía en un candidato ideal para apoyar la nueva sección del Centro de Estudios Históricos. Por último, otro de los colaboradores que aparece en las memorias es Manuel García Pelayo, del que no he encontrado más datos que el de ser autor de un «Estudio sobre los títulos jurídicos de la soberanía española en América». Aparte de estos nombres, la sección mantuvo contactos con otros americanistas de paso por Madrid, como el peruano Jorge Basadre, quien escribió un artículo para *Tierra Firme*.

Estos colaboradores ayudaron a Castro a hacer realidad su anhelado sueño de un centro o sección dedicada a Hispano-América con una doble finalidad: la formación de especialistas en España, contando con la íntima colaboración de otros profesores extranjeros, y la edición de una revista y una colección de monografías que potenciase la memoria cultural de todos los pueblos de habla castellana. En sus intervenciones ante la Junta de Relaciones Culturales, Castro hablaba de: «mucha cautela y realizarlo todo a modo de ensayo», pero a mediados de 1935 estaba más que satisfecho con los trabajos del grupo.

En el mes de octubre, en el marco del XXVI Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Sevilla, se realizó la presentación internacional de la comunidad americanista del Centro de Estudios Históricos. En las distintas seccio-

²⁵ BALLESTEROS GAIBRIOIS, LXII/226 (Madrid, 1989): 546-547.

²⁶ Juan Dantín Cereceda se doctoró en la Universidad Central en Ciencias Naturales y amplió sus estudios en Francia (con Vidal de la Blanche y De Martonne) y Alemania. Además de sus clases en el Instituto San Isidro, fue profesor de Geografía Humana en la Escuela Nacional del Ministerio de Trabajo y Previsión. Perteneció a la Sociedad Española de Historia Natural y a la Geographical Society de Nueva York.

nes participaron cuatro miembros del grupo: Ramón Iglesia, Ángel Rosenblat, Luis Dantín Cereceda y Manuel Ballesteros Gaibrois. Sus ponencias fueron publicadas en la revista *Tierra Firme*, adelantándose a la edición de las actas, que se dilató trece años. Sin duda, don Américo debió sentirse realmente feliz cuando la víspera de nochevieja de 1935 señaló en un informe a la Junta de Relaciones Culturales: «Me es grato expresarle a Vd. como resumen de este informe, que nuestra Sección Hispanoamericana, en el breve periodo que tiene de vida, a pesar de los escasos recursos con que ha contado para la adquisición de libros y de haberse visto obligada, por la misma razón, a suspender un compromiso contraído con el profesor argentino D. Rómulo A. Carbia, ha sabido ganar ya un puesto destacado en el renacimiento de los estudios americanistas que se nota actualmente en España»²⁷.

A pesar de la estrechez de dinero²⁸, la sección hispanoamericana logró editar una interesante colección de libros que pronto se convirtieron en clásicos. El primer tomo de la misma es el estudio de Silvio A. Zavala: *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*²⁹ (1935). El libro está dividido en tres partes. En la primera, se aborda el problema jurídico que planteó el dominio de las Indias a los reyes castellanos a través de los tratados españoles del seiscientos; en la segunda, se estudian las formas jurídicas propias de las armadas españolas, y en la tercera y última se analizan las consecuencias del desarrollo de la ocupación de las Indias. Según Castro: «Esta obra ha sido acogida con mucha simpatía en España y América y ha tenido ya una venta que podríamos considerar extraordinaria en esta clase de publicaciones»³⁰.

El segundo libro de la colección también está firmado por el historiador mexicano Silvio A. Zavala. Se trata de *La encomienda indiana*³¹. El libro analiza los orígenes, funcionamiento y trascendencia de la encomienda indiana durante los tres siglos de dominación de España en América. Primero se estudia el periodo antillano, para después abordar su propagación en el continente y las luchas

²⁷ Carta de Américo Castro a la Junta de Relaciones Culturales, Madrid, 30 de diciembre de 1935. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid (AMAE), R 727/20. Rómulo A. Carbia nació en Buenos Aires el 15 de noviembre de 1885 y murió en la misma ciudad el 1 de junio de 1944. Historiador, profesor universitario y director de la biblioteca de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1915, fue un gran experto en estudios colombinos y un gran especialista en historiografía argentina. Reclamado por universidades y revistas, Carbia fue el introductor de nuevos objetivos y perspectivas en la historiografía de su país más acordes con el Americanismo internacional.

²⁸ Nuria Tabanera ha recogido las siguientes cantidades: 40.000 en 1933, 36.000 en 1934 y 40.000 en 1935. TABANERA, 1996: 86.

²⁹ ZAVALA, 1935a.

³⁰ Carta remitida por Américo Castro a la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado, Madrid, 30 de diciembre de 1935, AMAE, R 727/20.

³¹ Véase ZAVALA, 1935b. El historiador mexicano estaba preparando un tercer libro sobre la mita en América, que la guerra truncó.

sostenidas entre los defensores y los contrarios. En opinión de don Américo: «El autor, con este volumen, dedicado a una de nuestras instituciones más importantes, completa el trabajo anterior. La acogida de este volumen ha sido también muy favorable»³².

La tercera aportación bibliográfica de la sección hispanoamericana fue el *Atlas Histórico de la América Hispano-Portuguesa*, de J. Dantín Cereceda y V. Loriente Cancio³³. El proyecto, que quedó rápidamente truncado, se componía de 36 cartas, inaugurándose con la «Geografía física de América» y concluyendo con «Mapas varios de la América hispano-portuguesa durante el siglo XIX». De los mapas proyectados, sólo se publicaron dos: el núm. V. *Derroteros probables de los viajes de Cristóbal Colón* (doble página) y el núm. VII. *Expediciones por Darién y la costa de Paria*. Según señalaron los autores en la introducción, los mapas contenían: «cuantos hechos nos han parecido dignos de ser registrados referentes al descubrimiento, exploración, conquista y colonización de América por España».

Además de estos trabajos, hay que destacar la edición de la crónica de Bernal Díaz del Castillo, que se esperaba acabar a finales de 1936³⁴. Pasada la guerra, y con sus autores en el destierro o la prisión, el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», creado en el CSIC en 1940 y que continuó la labor americanista del Centro de Estudios Históricos, editó el primer volumen de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* (Madrid, 1945, 321 páginas). Como señalé, era la primera edición crítica enriquecida con el feliz hallazgo de un desconocido manuscrito en poder del bibliófilo murciano José Alegría. Lamentablemente, en esta edición omitieron el nombre del autor, Ramón Iglesia, que se encontraba ya en el exilio, y de sus colaboradores (Raquel Lesteiro y Antonio Rodríguez Moñino), que habían pasado varios años cotejando las ediciones impresas y manuscritas de la obra bernaliana. Los tres habían sido defensores de la República, lo que explica la omisión y el desprecio de los vencedores por su trabajo intelectual. Años después se reparó el entuerto en otra edición preparada por Carmelo Sáenz de Santa María, S. I.³⁵, pero el enorme esfuerzo de Iglesia, Lesteiro y Rodríguez Moñino quedó semienterrado por los nuevos colaboradores y el trabajo del jesuita.

Estudiando las obras realizadas durante estos años, podemos concluir afirmando que Castro construye los estudios americanistas en torno a cinco temas: cartografía, demografía, arqueología, edición crítica de textos y estudios históricos sobre instituciones coloniales. Todos estos temas son los que dominan en el

³² *Carta de Américo Castro a la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado*, Madrid, 30 de diciembre de 1935, AMAE, R 727/20.

³³ DANTÍN y LORIENTE, 1935-1936.

³⁴ En octubre de 1934 se llevaban tirados 27 pliegos de la obra y el 30 de diciembre de 1935, 360 páginas de la edición.

³⁵ La obra de dos volúmenes fue editada en Madrid por el CSIC en 1967.

Americanismo internacional, como demuestran los congresos realizados durante esos años (como el celebrado en 1935 en Sevilla), por ello, podemos señalar que el objetivo principal de la sección era alejarse de los panegíricos de la conquista y la evangelización y de los pasquines de uno u otro color y apostar por el trabajo sereno, científico, documentado, cimentado en la crítica literaria y en los últimos avances del Americanismo internacional.

Los buenos inicios no se pudieron consolidar, aunque son suficientes para revelar el gran futuro que le esperaba a la sección. Cada uno de los miembros por separado, se convirtieron en investigadores de primera fila. El estallido de la guerra en el verano de 1936 los dispersó, quedando la sección, como el resto del Centro de Estudios Históricos, custodiada por una docena de personas³⁶.

A LA SOMBRA DEL ARCHIVO: EL AMERICANISMO SEVILLANO

A pesar de contar con el depósito documental más importante de la nación para el estudio del pasado americano, no fueron muy numerosos los escritores e historiadores que se interesaron por la historia de América durante el siglo XIX³⁷. El *Archivo Hispalense*, la revista científica más antigua de la ciudad, fundada en el año 1886, tan sólo incluyó entre sus páginas algunos trabajos de carácter biográfico sobre personajes nacidos en la ciudad que habían participado en el descubrimiento, la conquista o la administración del Nuevo Mundo, como el dedicado por Manuel Gómez Imaz a la figura del virrey Francisco Javier Venegas en el primer número de la revista (1886)³⁸, o la serie de panegíricos escritos por Francisco de Hoyos en memoria de los marinos ilustrados Cayetano Valdés, José Espinosa Tello, José Mendoza Ríos y Antonio de Ulloa un año más tarde³⁹. Gran interés despertó entre los colombinistas el artículo dedicado por Francisco Collantes de Terán a la galería de retratos de Cristóbal Colón que se guardaba en la Biblioteca Colombina⁴⁰, publicado cuando ya se preparaban los eventos del IV Centenario del Descubrimiento de América (1892). La celebración del aniversario del primer viaje del marino genovés no tuvo en la ciudad muchas consecuencias destacables en materia historiográfica, aunque la presencia de la reina madre, María Cristina de Austria, y el pequeño Alfonso XIII durante más tiempo del previsto en un primer momento —debido a la enfermedad del monarca— multiplicaron las cabalgatas, las retretas, las visitas protocolarias y los actos académicos donde

³⁶ La Junta de Relaciones Culturales pasó a depender del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes por decreto del 29 de noviembre de 1936 como todos los servicios relativos a la difusión española en el extranjero con el fin de coordinar las acciones y potenciarlas.

³⁷ MORALES PADRÓN, 1986.

³⁸ GÓMEZ IMÁZ, I (Sevilla, 1886): 241-248, 322-328 y 343-354.

³⁹ HOYOS Y LARAVIEDRA, III (Sevilla, 1887): 4-47 y 97-196.

⁴⁰ COLLANTES DE TERÁN, III (Sevilla, 1887): 169-176 y 234-241.

se brindó por la fraternidad hispanoamericana, brindis que se volvieron a repetir durante la celebración del concurrido Tercer Congreso Católico Español⁴¹.

Sin embargo, la fiebre colombinista surgida en torno a 1892 propició la visita a los archivos sevillanos de numerosos investigadores nacionales y extranjeros que buscaron con ansiedad nuevos datos sobre Colón, su familia y sus compañeros. Francisco J. Delgado, por ejemplo, investigó en el archivo del Ayuntamiento de Sevilla por comisión de la Real Academia de la Historia. Otros muchos escritores locales, junto a docenas de visitantes, hicieron lo mismo en el Archivo General de Indias y en el Archivo de Protocolos, que se convirtieron en las principales minas de los *diamantes* colombinos, esto es, documentos fundamentales para corroborar o destruir las afirmaciones asentadas en las leyendas colombinas, que dominaban las biografías del Almirante⁴². Fruto de estas pesquisas apareció el libro *Curiosidades bibliográficas y documentos inéditos. Homenaje del Archivo Hispalense al cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo* (Sevilla, 1892). Sin embargo, el aumento de las consultas también puso al descubierto las deficiencias de los archivos, la pobreza de las instalaciones, la falta de personal y la carencia de guías y catálogos. Algunos de los sabios reunidos en el IXº Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Huelva, denunciaron las carencias de los archivos españoles. El inglés N. Darnell Davis, por ejemplo, se quejó de las dificultades que tuvo para consultar el Archivo General de Indias debido al desorden que reinaba en sus fondos, recomendando que se siguiese el ejemplo del British Museum de Londres⁴³. Aunque fue contestado por otros congresistas con argumentos como la facilidad con que se abrían las puertas a los extranjeros y que el repertorio indiano seguía la clasificación original por audiencias, lo cierto es que los archivos españoles, especialmente el de Indias, no estaban preparados para recibir a tantos historiadores como se desplazaron a Sevilla para escribir las historias de las distintas repúblicas iberoamericanas y para encontrar documentos con los que resolver los múltiples conflictos fronterizos surgidos al llegar las naciones americanas a su mayoría de edad.

El Archivo General de Indias, que desde principios del siglo XX se convirtió en lugar de peregrinaje de cientos de investigadores americanos y europeos, fue un centro privilegiado por parte de los responsables políticos y culturales de la Restauración, conscientes de la gran importancia de los tesoros que custodiaba y de lo decisivo de sus informaciones para cambiar la leyenda negra que pesaba sobre la presencia de España en el Nuevo Mundo. El archivo, organizado por Juan Bautista Muñoz a iniciativa del secretario José de Gálvez en 1785, tuvo cambios decisivos a partir del IV Centenario: en 1894 fue transferido del ministe-

⁴¹ Para los festejos del IV Centenario en la ciudad, véase ABAD CASTILLO, 1989. Los trabajos y los días del concurrido congreso católico pueden seguirse gracias a la CRÓNICA, 1893, obra que también puede consultarse en la red: www.filosofia.org.

⁴² BERNABÉU, 2006: 318-324.

⁴³ La queja apareció en el periódico *La Andalucía* del 11 de octubre de 1892.

rio de Ultramar al de Fomento, pasando a depender de la Dirección General de Administración Pública. Este cambio supuso la llegada de archiveros profesionales, cuyas labores se vieron potenciadas bajo la batuta de tres directores de gran iniciativa: Pedro Torres Lanza (1896-1925), Cristóbal Bermúdez Plata (1926-1931) y Juan Tamayo y Francisco (1932-1936). En 1901 se convirtió en archivo «general» junto al Archivo Histórico Nacional de Madrid y, entre 1913 y 1916, sus instalaciones, en la Casa Lonja de Sevilla, se ampliaron gracias al traslado de otras instituciones que compartían el histórico edificio, como la Junta de Obras del Puerto y Río Guadalquivir.

Además de los legajos del Archivo General de Indias, Sevilla poseía otras dos instituciones de gran importancia para el Americanismo. En primer lugar, el Archivo de Protocolos, donde se guardaban numerosos datos sobre la vida privada y las actividades comerciales de buena parte de los protagonistas de los viajes de descubrimiento y colonización. Sus datos eran fundamentales para completar los documentos custodiados en el Archivo General de Indias, pero como denunció el profesor José María Ots Capdequí en 1935: «todavía la investigación se hace difícil, puesto que la inexistencia de buenos catálogos redactados según las normas metodológicas modernas, hace que todo intento de trabajar ordenadamente en estos archivos constituya una empresa de resultado muy dudoso»⁴⁴.

Por último, el tercer gran depósito americanista de la ciudad era la Biblioteca Colombina, reunida por Hernando Colón, hijo del Almirante. En 1552, la colección pasó a incrementar los fondos de la librería del cabildo eclesiástico de Sevilla. Entre los valiosos manuscritos que poseía la biblioteca destaca el *Libro de las Profecías* de Cristóbal Colón, que fue consultado por numerosos investigadores del siglo XIX y XX, quienes también admiraron los extraordinarios fondos de incunables e impresos del siglo XVI coleccionados por el bibliófilo cordobés. A partir de 1888 fueron apareciendo los volúmenes del catálogo de sus libros impresos, realizado bajo la dirección de Servando Arbolí y Faraudo, su bibliotecario. Con motivo del IV Centenario, la Biblioteca fue visitada por varios historiadores españoles, ansiosos por encontrar documentos desconocidos del Almirante genovés. Posteriormente, las inquietudes de los investigadores se ampliaron a otros temas, como la Independencia de las repúblicas americanas, ya que La Colombina guardaba una buena colección de folletos, manifiestos y proclamas.

El principal objetivo que perseguían los fundadores del Archivo General de Indias era tener de forma accesible la documentación sobre la administración española del Nuevo Mundo con el fin de escribir nuevas historias que desterrasen las narraciones extranjeras sobre el pasado de las Indias. El aspecto reivindicador de la memoria histórica está presente, por tanto, desde los primeros momentos del archivo hispalense, y esa labor la impulsarán los directores del archivo en el siglo XX, ayudados por diversos escritores y profesores hispalenses y los poderes

⁴⁴ OTS CAPDEQUÍ, 1948, II: 210.

públicos⁴⁵. Con grandes esfuerzos se conmemoraron en Sevilla el quinto centenario del descubrimiento del Pacífico, en 1913, y los trabajos del Congreso Hispanoamericano de Geografía e Historia, realizado un año más tarde. El interés por dotar al archivo de buenos instrumentos de consulta (guías y catálogos) y de contribuir al conocimiento histórico, mediante la edición crítica de documentos y la publicación de investigaciones, llevó a la creación de un centro de investigación americanista a iniciativa de Pedro Torres Lanza, director del Archivo General de Indias, siendo secundado por Germán Latorre y Setién, catedrático de Geografía de la universidad hispalense, y de Ramón de Manjarrés Pérez de Junquitu, ingeniero nacido en Sevilla en 1861. La precariedad del centro se refleja en los tres cambios de nombre que tuvo (se inició en 1913 como *Instituto de Estudios Americanistas*, denominándose al año siguiente *Centro Oficial de Estudios Americanistas* y, finalmente, *Centro de Estudios Americanistas*) y en el encabezamiento del boletín que editaba: primero *Boletín del Instituto de Estudios Americanistas*, más tarde *Boletín del Centro Oficial de Estudios Americanistas* y, por último, *Boletín del Centro de Estudios Americanistas*. En 1921, el centro sobrevivía con una subvención de veinte mil pesetas y solo dos miembros: Germán Latorre y Torres Lanza.

El boletín, que se editó durante doce años, alcanzó los noventa y seis números, desapareciendo en 1925 por falta de consignación y por la jubilación de Pedro Torres Lanza. En él se editaban los trabajos de catalogación de los archiveros sevillanos, más las investigaciones de los catedráticos, profesores, colaboradores e investigadores extranjeros que realizaban estancias dilatadas en la capital hispalense. El principal motor del boletín fue el citado Torres Lanza. Nacido en Jimena (Jaén) en 1858, don Pedro ingresó por oposición en el cuerpo de archiveros, siendo destinado al Archivo General de Indias, institución que dirigió entre 1896 y 1925⁴⁶. Durante su etapa al frente de la Casa Lonja se catalogaron valiosos fondos documentales, cuyos inventarios se publicaron en las páginas del Boletín o como libros aparte. De los importantes trabajos realizados, destacaría los inventarios de las secciones de Contaduría y Contratación, la relación de los planos y mapas de las diversas audiencias americanas (a excepción de la de Santo Domingo), y el catálogo titulado *Independencia de América. Fuentes para su estudio. Catálogo de documentos conservados en el Archivo General de Indias* (Madrid, Establecimiento Tipográfico de la Sociedad de Publicaciones Históricas, 1912, 6 vols.), que sería continuado con una *Segunda Serie* entre 1924-1925 (Sevilla, Centro Oficial de Estudios Americanistas).

Junto a esta impresionante labor de clasificación, también se editaron artículos y libros de gran trascendencia historiográfica. Inauguró el siglo el libro de Manuel de la Puente y Olea, *Los trabajos Geográficos de la Casa de la Contratación* (Sevilla, Escuela Tipográfica y Librería Salesiana, 1900), que encabezaría una serie de libros dedicados a la contribución de la Casa de la Contratación hispalense a la cartografía náutica, la imagen del mundo, los métodos de navega-

⁴⁵ VÉLEZ JIMÉNEZ, 1993.

⁴⁶ PEIRÓ MARTÍN y PASAMAR, 2002: 627-628.

ción, las rutas y las expediciones militares y comerciales. Entre los títulos, ya clásicos, habría que citar la obra de José Pulido Rubio, *El Piloto Mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla* (Sevilla, Centro Oficial de Estudios Americanistas, 1923), el libro de Santiago Montoto, *José de Veitia Linaje y el Norte de la Contratación de Indias* (Sevilla, Centro Oficial de Estudios Americanistas, 1921) o ediciones, como la firmada por Antonio Blázquez del *Libro de las Longitudes y manera que hasta agora se ha tenido en el arte de navegar*, de Alonso de Santa Cruz (Sevilla, Centro Oficial de Estudios Americanistas, 1921).

Otros destacados miembros de este grupo pionero de americanistas sevillanos fueron Juan María Aguilar, Cristóbal Bermúdez Plata, Ramón de Manjarrés, Francisco de las Barras y Aragón y Jesús Pabón, quienes lograron aglutinar a su alrededor a otros historiadores interesados en el pasado americano, como Manuel Serrano y Sanz, catedrático de Historia Universal de la Universidad de Zaragoza, que fue pensionado por la JAE en 1910 para consultar el Archivo General de Indias. Los principales temas que fueron abordados en las primeras décadas del siglo veinte fueron las biografías de las principales figuras de la conquista y la colonización de América, la historia de la ciencia, la historia marítima, las leyes de Indias y la historia de las fortificaciones. Todos estos temas forman parte de un proyecto de defensa de la actividad de los españoles en el Nuevo Mundo, donde no se olvidarán las conquistas espirituales de los misioneros. Menos atención se prestará al *otro* (esto es, al indio o al negro), quedando como pionero el libro dedicado por Manuel Serrano y Sanz a *España y los indios cheroquis y chactás en la segunda mitad del siglo XVIII* (Sevilla, Centro Oficial de Estudios Americanistas, 1915), tanto por tratarse de un estudio fronterizo, donde aparece la problemática de las relaciones hispano-indias, como porque se desarrolla en el marco de la política de los Borbones, tan denostados por escritores de gran influencia en la época como Menéndez Pelayo o Ramiro de Maeztu.

Es curioso que el fin de este activo centro americanista se produjera en vísperas de la Exposición Iberoamericana (1929), que tantas expectativas americanistas generó en la ciudad y en la nación. La celebración de este gran acontecimiento fue aprovechado por el director del archivo para pedir mejoras en las instalaciones, argumentando que sería uno de los centros más visitados por los delegados oficiales y los turistas que llegaran a la ciudad. Así sucedió, viviendo la ciudad y el archivo una euforia iberoamericanista que inspiró a políticos y escritores locales a escribir frases tan apasionadas como la de Méndez Bejarano en 1926: «Sevilla es una población plenamente americana, sin dejar de ser la más típica española; de tal suerte, que América no parece, a primera vista, una continuación de España, sino una prolongación de Andalucía»⁴⁷. La realidad, en cambio, fue más dura: la única publicación regular dedicada a la Historia de América desapareció por falta de ayudas económicas.

⁴⁷ MÉNDEZ BEJARANO, 1 (Madrid, junio de 1926): 27.

LA VIDA BREVE DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE AMÉRICA

Durante la República, el Archivo General de Indias fue dirigido por Juan Tamayo y Francisco (1932-1936). Durante este periodo se dedicó especial atención a la importante sección de Patronato, una de las más consultadas por los investigadores, que fue ordenada por ramos y no por legajos completos como hasta entonces. Asimismo, la llegada de una dotación especial permitió completar la biblioteca auxiliar con libros y revistas⁴⁸. Pero la fundación más importante de la República fue el Centro de Estudios de América, en el seno de la Universidad de Sevilla, pero en íntima colaboración con el personal del Archivo de Indias y con otra tercera institución de gran importancia para el Americanismo español: el Instituto Hispano-Cubano de Historia de América, fundado por el mecenas cubano Rafael González Abreu. Aunque imbricadas las tres instituciones, cada una se especializó en una tarea. El Instituto, ubicado en el remodelado convento de los Remedios, orientó su actividad a «auxiliar lo más ampliamente posible la labor de los historiadores del pasado colonial americano que acudan a investigar en aquellos de nuestros archivos»⁴⁹, por lo que primó la tarea de catalogar los fondos del Archivo de Protocolos, de los que se publicaron cinco volúmenes (*Catálogo de los Fondos Americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla, 1930-1937*), en los que colaboraron un importante grupo de investigadores como José Hernández Díaz, Antonio Muro Orejón, José María Peña y Cámara, Juan Tamayo, Luis Jiménez Placer y Francisco de las Barras y Aragón. Además, la fundación de González Abreu patrocinó el *Catálogo de los Fondos Cubanos del Archivo General de Indias* (Sevilla, 3 tomos, 1929-1935), que dirigió José María Ots Capdequí.

Las aportaciones económicas del mecenas antillano permitieron elaborar varios ficheros bibliográficos y documentales, completar una magnífica biblioteca y celebrar seminarios de investigación en sus instalaciones junto al Guadalquivir. Los progresos del Instituto fueron realmente impresionantes, disponiéndose hacia 1935 de la información de todos los libros de interés americanistas, disponibles en la ciudad. Pero, además, se creó un fichero con la información de los documentos de los archivos —empezando por el de Indias—, que ya habían sido editados total o parcialmente. Las citadas fichas iban acompañadas de un estudio exhaustivo de las características de la edición y de su valor científico. Los beneficios del Hispano-Cubano también se extendieron a otras provincias andaluzas: el erudito cordobés José de la Torre y del Cerro recibió una ayuda para investigar en el Archivo de Protocolos de Córdoba y en el Archivo Municipal. Sus importantísimos hallazgos aparecieron en dos libros editados por el Instituto: *Beatriz Henríquez de Harana y Cristóbal Colón* (1933) y *El Inca Garcilaso de la Vega (Nueva Documentación)* (1935). En proyecto quedó la publicación de una *Revista Española de Historia de América*, que truncó la contienda civil.

⁴⁸ PEÑA y CÁMARA, 1958: 62.

⁴⁹ CATÁLOGO, 1929-1935.

La segunda fundación de la República en Sevilla fue el Centro de Estudios de Historia de América, creado con una finalidad eminentemente docente en la universidad hispalense para despertar el interés por investigar el pasado americano en los estudiantes y formar a los pupilos en la metodología moderna⁵⁰. Para ello contaban con becas, algo no muy frecuente en aquellos días. Tanto el Centro como el Instituto estuvieron dirigidos por el valenciano José María Ots Caddequí (1893-1975), discípulo de Rafael Altamira, que había obtenido la cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de Oviedo (1921) y, por traslado, la misma en Sevilla (1924) y Valencia (1931). Entre 1932 y 1936 trabajó en la capital hispalense en comisión de servicios, poniendo en marcha las nuevas instituciones americanistas de la ciudad, aunque se ausentó durante algunos meses para viajar a América, Alemania e Italia gracias a una pensión de la JAE. En 1934 dictó varias conferencias en la Universidad Nacional de La Plata, coincidiendo con el XXVI Congreso Internacional de Americanistas, charlas que después extendió a Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y Montevideo⁵¹. Militante del partido Izquierda Republicana de Manuel Azaña, se trasladó a Valencia al estallar la guerra, donde fue nombrado decano de la Facultad de Derecho y fundó y presidió la Alianza d'Intelectuales per la Defensa de la Cultura (agosto de 1936).

La docencia del Centro de Estudios de Historia de América estaba dividida en cinco cursos generales: 1º Historia de América; 2º Arqueología y Arte Colonial Hispanoamericano; 3º Geografía de América; 4º Instituciones económicas, jurídicas y sociales hispanoamericanas del periodo colonial, y 5º Bibliografía y Paleografía hispanoamericana. El cuadro de profesores lo formaban los catedráticos hispalenses Diego Angulo y Juan María Aguilar, el catedrático de Instituto Emiliano Jos y los archiveros Ventura, Peña, Tamayo y Jiménez-Placer. Estos cursos se completaban con cuatro seminarios por cada una de las materias troncales y cursillos breves impartidos por profesores invitados. Al centro le fue concedida la facultad de otorgar el grado de doctor en Historia de América, siendo el argentino Rómulo D. Carbia, que realizó una investigación sobre la crónica oficial de Indias⁵², uno de los primeros que lo consiguieron.

Dentro de la universidad hispalense también habría que destacar la creación de una cátedra de Historia del Arte Hispano Colonial en 1927, que ocupó Diego Angulo Iñiguez. A él se le debe el catálogo *Planos de Monumentos Arquitectónicos de América y Filipinas, existentes en el Archivo de Indias* (6 vols., Sevilla, Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla, 1933-1939) y la dirección de las coleccio-

⁵⁰ En palabras de Ots Capdequí: «el nuevo Centro persigue, ante todo, la formación de nuevos investigadores, adiestrando a nuestras juventudes universitarias con vocación por este orden de conocimientos históricos, en el estudio de los problemas fundamentales de la historia de América mediante la explicación de Cursos de carácter general y de otros monográficos, con el complemento obligado de trabajos de investigación realizados en los Seminarios anejos». OTS CAPDEQUÍ, 1948, II: 215.

⁵¹ FORMENTÍN y VILLEGAS, 1992: 137-138. PEIRÓ y PASAMAR, 2002: 457-459.

⁵² MARTIN, 1934: 246. La tesis de Rómulo D. Carbia se publicó un año después de finalizar la contienda civil. CARBIA, 1940.

nes *Documentos para la Historia del Arte en Andalucía* (1927) y la *Escultura en Andalucía* (1927). También impulsó una revista, titulada *Arte en América y Filipinas*, cuyo primer y segundo volumen aparecerían en el fatídico 1936. Entre los colaboradores se encontraban Enrique Marco Dorta, José Hernández Díaz, Antonio Muro, María Balbuena de la Maza, Ana Liaño, etcétera. La publicación se reanudó en 1949, desapareciendo tres años más tarde. Aparte de sus publicaciones, todas ellas de gran valor, hay que destacar la labor docente del profesor Angulo (1901-1986), uno de los pilares fundamentales del americanismo sevillano⁵³.

Doctorado en la Universidad Central de Madrid, don Diego Angulo vivió varios años en la Residencia de Estudiantes, pues su padre —registrador de la propiedad y escritor— era amigo de José Castillejo y otros institucionistas. Colaboró con el Centro de Estudios Históricos y en julio de 1925 obtuvo la cátedra de Teoría de la Literatura y las Bellas Artes, si bien pronto se trasladó a la capital hispalense para ocupar —por comisión— la cátedra de Arte Hispano-Colonial creada por el valenciano Elías Tormo con motivo de la Exposición Iberoamericana (1927). Durante la década de los veinte y primeros años de los treinta realizó numerosos viajes por el extranjero (Alemania, Italia, Suecia, Marruecos, etcétera), siendo pensionado por la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado en 1934 para estudiar el arte colonial mexicano durante seis meses. Tras navegar de Gibraltar a New York, entró en la República Mexicana por El Paso (Texas). En México entró en contacto con los historiadores más destacados del momento y, ayudado por el librero español Pedro Robredo, reunió y envió a la capital hispalense una extraordinaria colección de libros y folletos de la historia mexicana. A ella se sumaría una colección de fotografías de gran valor, pues muchos de los monumentos y edificios que quedaron recogidos en sus placas fueron derivados o reformados con posterioridad⁵⁴.

TRES CONGRESOS AMERICANISTAS (1914, 1921 Y 1935)

En resumen, el americanismo en la ciudad de Sevilla durante los años de la República estuvo dividido en varias instituciones (dos archivos, una biblioteca, un instituto, un centro y un laboratorio de arte), pero articulado por el trabajo de investigación y la actividad docente de numerosas personas que fluyen por todas las instituciones, comparten órganos de dirección y colaboran en las diferentes tareas. Todos ellos están comprometidos en la formación de buenos investigadores y en la realización de catálogos de los ricos fondos documentales que alberga la capital his-

⁵³ FORMENTÍN y VILLEGAS, 1992: 75. PEIRÓ y PASAMAR, 2002: 81-83. MATEO, 2001: 15-43.

⁵⁴ Durante la contienda trabajó en Madrid en el Servicio de Recuperación de la Junta del Tesoro Artístico, creada para proteger el patrimonio artístico. De ideología conservadora, se convirtió, por su gran capacidad de trabajo y deseos de conocimiento, en uno de los puntales decisivos en el internacionalismo del grupo sevillano.

palense. Paralelamente, se impulsó la publicación de trabajos científicos, novedosos, basados en fuentes documentales originales, rigurosos en los métodos, bien escritos y editados, que trasciendan el ámbito local y nacional para situar a Sevilla en el panorama internacional del Americanismo no sólo como depósito de documentos sino como centro generador de nuevos conocimientos. Esta meta se logrará gracias a la celebración del XXVI Congreso Internacional Americanista, que reunió en la ciudad a buena parte de los mejores especialistas del mundo. La asamblea está precedida de un interesante intercambio de investigadores de ambas orillas: en el Centro de Estudios de Historia de América impartieron cursos profesores como el portugués Jaime Cortesão, los argentinos Rómulo D. Carbia y Ricardo Levene, el mexicano Carlos Pereyra y el norteamericano C. H. Haring; a la inversa, profesores de la universidad hispalense como Ots Capdequí y Diego Angulo viajaron a Iberoamérica con apoyo de la JAE y de otras instituciones, multiplicando las relaciones y los intercambios entre instituciones españolas e iberoamericanas. Estos dos últimos historiadores fueron fundamentales en la renovación de los estudios hispalenses, aunque hay que señalar que su labor hubiera sido menos trascendental sin la presencia de un grupo de archiveros profesionales (Tamayo, Jiménez-Placer, Peña y Ventura) y de investigadores (Muro, Barras y de Aragón y Hernández Díaz) que apoyaron todas sus iniciativas.

Buena parte de los esfuerzos de los historiadores y archiveros de las primeras tres décadas del siglo XX estuvieron dirigidos a catalogar los fondos documentales de los tres repertorios locales (Archivo General de Indias, Archivo de Protocolos y Biblioteca Colombina). Como una extensión lógica de estas catalogaciones, se editaron varias colecciones documentales y se llenaron las revistas de *hallazgos* fundamentales para el estudio de figuras destacadas de la Historia de América. Siguiendo la herencia del positivismo decimonónico, se siguió aportando datos para esclarecer las biografías de Cristóbal Colón, los Pinzones, Hernán Cortés, etcétera. Otros temas predilectos de la historiografía sevillana serán el derecho indiano y la historia institucional. Dos libros marcarán una época notable en aportaciones para el conocimiento de las instituciones indianas: el ya citado de Manuel de la Puente y Olea (*Los trabajos geográficos de la Casa de la Contratación*) y el primer tomo del extraordinario estudio de Ernesto Schaefer: *El Consejo Real y Supremo de las Indias en la administración colonial* (Sevilla, 1935). Este último volumen sería uno de los dos libros que publicó el Centro de Estudios de Historia de América antes de desaparecer. El segundo también fue escrito por el profesor alemán Schaefer: *Las Rúbricas del Consejo Real y Supremo de las Indias, desde la fundación del Consejo en 1524 hasta la terminación del reinado de los Austrias* (Sevilla, 1934). Otra materia también abordada con frecuencia fue la historia de la Iglesia en América, particularmente la expansión, la metodología y los aspectos artísticos de las misiones en el continente, desde California a Tierra del Fuego.

Los logros alcanzados por el Americanismo sevillano en vísperas del 36 se ponen de manifiesto al comparar los tres congresos históricos celebrados en la

ciudad en las primeras décadas del siglo. En 1914 se inauguró el primer Congreso de Historia y Geografía Hispano-Americanas para conmemorar el quinto centenario del descubrimiento del Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa. La mayoría de los participantes eran diplomáticos, escritores, aficionados a la historia y representantes de instituciones españolas y americanas, quedando en minoría los historiadores con trabajos de entidad, como Paso y Troncoso, Levillier o Riva Agüero. Buena parte de las sesiones se dedicaron a brindar por la hermandad hispanoamericana y a elaborar las siguientes conclusiones con las que se quería enterrar definitivamente la leyenda negra. En primer lugar, que: «El Congreso declara que España, como nación, no fue responsable de los excesos realizados durante la conquista y civilización americana». Y en segundo lugar que: «El Congreso hace constar su vivo deseo de que en todos los países de la América española se mantengan en vigor, perfeccionándolas, todas las medidas necesarias para el mejoramiento moral y material de los indios de América, siguiendo el alto ejemplo que España dio siempre a favor de los aborígenes americanos»⁵⁵.

En el segundo Congreso de Historia y Geografía de Hispano-América, celebrado entre el 4 y el 9 de mayo de 1921, se repiten de nuevo los brindis por la fraternidad hispanoamericana y por la intimidad espiritual de todos los países. La mesa presidencial estuvo dominada por los miembros de la Real Academia de la Historia (su director, el marqués de Laurencín, fue el presidente efectivo; Ricardo Beltrán y Rózpide, otro académico, ocupó la vicepresidencia, y Jerónimo Beckér, también académico, desempeñó el cargo de secretario general), que siguió siendo el órgano rector de la Historia española. Como ocurriera en el primer congreso, son los menos los historiadores con una trayectoria sólida lo que se refleja en las memorias, donde predominan los resúmenes divulgativos y los ensayos literarios sin aportes reseñables para el avance de los conocimientos⁵⁶. Las demandas de buenos archivos y catálogos se intercalan con las reivindicaciones nacionalistas y los deseos de regenerar el país mediante la consolidación de las relaciones con las naciones hispano-americanas.

Si el congreso de 1914 proclamó —con bastante ingenuidad— el final de la *leyenda negra*, el congreso de 1921 dio por concluido el *aspecto heroico* de la presencia de España en América (las increíbles hazañas de los descubridores y los conquistadores) para apostar por un giro en los nuevos estudios, que se cen-

⁵⁵ SEGUNDO CONGRESO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, 1921: 35. El marqués de Laurencín, director de la Academia de la Historia, señaló que: «Después de ese Congreso, y sobre todo después de esas conclusiones votadas a una voz y con perfecto acuerdo, la leyenda negra, en lo que se refiere a nuestra actuación en el Nuevo Mundo, ha quedado destruida en lo fundamental de sus asertos, y ya no pueden levantarse entre España y América, como una barrera, las malvadas invenciones forjadas por la envidia y el odio».

⁵⁶ Por citar un caso, véase la «Reseña cronológica de las principales exploraciones hidrográficas realizadas por los españoles en las costas del continente hispano-americano» de Gustavo Fernández. Al exponer el trabajo en la sesión correspondiente, el autor pidió perdón. SEGUNDO CONGRESO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, 1921: 267-313.

trarían en adelante en: «la labor civilizadora, a la manera como fuimos extendiendo la cultura, a las instituciones benéficas y educativas que en todas partes fundamos, a la obra social que realizamos elevando la condición del indio»⁵⁷. En realidad, más que un planteamiento a futuro, es una línea historiográfica que ya está en alza y que convive —y lo será por muchos años— con los estudios biográficos de navegantes y conquistadores. Pero es significativo que la petición de cambio la realice el director de la Academia de la Historia, máxima autoridad nacional en la materia. Otras cuestiones interesantes que se trataron en las sesiones del congreso fueron la conveniencia de impulsar Juntas de Excavaciones, el estudio del «Folk-Lore», la necesidad de equiparar los títulos profesionales de las diferentes naciones y la urgencia de revisar los contenidos de los libros escolares de historia, plagados de errores. Sobre estos últimos se pide que los textos peninsulares hispanos de Historia de España dediquen más lecciones al pasado americano y que, en correspondencia, los libros iberoamericanos se ocupen más de la historia de España antes y después de la independencia⁵⁸.

Por último, varios congresistas pidieron —como en 1914 lo hizo Roberto Le villier- un Centro Internacional de Investigaciones históricas, con sede en Madrid y Sevilla, y con organización similar a la Oficina Americana de Washington, que publicase una revista con trabajos de historia y geografía. El delegado argentino Pascual Guaglianone añadió generosamente: «Hagamos los americanos en esta ciudad de Sevilla una Biblioteca pública americana, dividida en tantas secciones como son las Repúblicas americanas, donde se encuentren toda clase de libros, sin diferencia de origen español o inglés»⁵⁹.

La tercera reunión científica que analizaré es el XXVI Congreso Internacional Americanista, celebrado en Sevilla entre el 13 y el 20 de octubre de 1935. Aunque no era la primera vez que el citado colectivo celebraba una reunión en nuestro país (dos citas anteriores tuvieron como escenario Madrid, en 1881, y Huelva, 1892), la tercera oportunidad fue de gran importancia por el número de españoles que participaron y por la calidad de los trabajos. El Americanismo, a pesar de las deficiencias, era una especialidad en pleno auge durante la República gracias a los esfuerzos de varias generaciones de historiadores y escritores desde mediados del siglo XIX. La candidatura y designación de Sevilla se realizó en el congreso celebrado en La Plata (Argentina) en 1932, presidido por el gran historiador del Derecho Indiano Ricardo Levene. Aceptada la candidatura, el gobierno nombró el siguiente comité: Gregorio Marañón (presidente), José María Ots Capdequí (vicepresidente primero), Antonio Ballesteros y Beretta (vicepresidente segundo), José María Torroja (secretario general) y Vicente Castañeda (tesorero). En el marco del congreso se organizó una Exposición Cartográfica Americana,

⁵⁷ SEGUNDO CONGRESO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, 1921: 36. Las palabras son del director de la Real Academia de la Historia.

⁵⁸ SEGUNDO CONGRESO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, 1921: 101-102.

⁵⁹ SEGUNDO CONGRESO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, 1921: 76.

que diseñó Ángel Altolaquirre, con la colaboración de Julio Guillén Tato, subdirector del Museo Naval, y Juan Tamayo y Francisco, director del Archivo General de Indias.

La participación nacional e internacional de ponentes y delegados en el XXVI Congreso Americanista fue muy numerosa, desplazándose a la capital hispalense ciudadanos de veintiocho países⁶⁰. De España hay que destacar los numerosos delegados madrileños que asistieron. La Universidad Central de Madrid estuvo representada por Antonio Ballesteros Beretta, catedrático de Historia de América, Hermann Trimborn, Rafael Altamira y tres miembros del Seminario de Estudios Americanistas (la holandesa Guda Doyvis, el norteamericano Pascual E. Kerwin y Federico Paul). El Centro de Estudios Históricos mandó como delegados oficiales a Manuel Ballesteros Gaibrois, Ramón Iglesia, Antonio Rodríguez Moñino y Ángel Rosenblatt. El joven Juan Manzano y Manzano representó al Instituto de Derecho Comparado Hispano-Portugués-Americano de Madrid, comisión que también realizaron Rodolfo Reyes, del Hogar Americano, Luis Rodríguez de Viguri, de la Sociedad Geográfica Nacional, José María Torroja, de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y Pedro de Répide, de la comisión organizadora de la Exposición de Prensa Hispanoamericana y Filipina. Otras dos instituciones de Madrid también tuvieron representación: la Biblioteca Nacional (Miguel Artigas y Luisa Cuesta) y el Ayuntamiento capitalino (Antonio Asenjo).

Los trabajos se dividieron en tres secciones: I Arqueología y Arte. II. Religión, Geografía, Antropología, Etnografía y Lingüística; y III. Descubrimiento, Conquista y Colonización. Esta última fue muy numerosa en comparación con otros congresos americanistas, lo que se explica por los intereses y temas de los participantes españoles. Sin embargo —y significativamente— varios delegados nacionales presentaron trabajos sobre la América precolombina, materia que, como ya vimos, tuvo un significativo avance durante el periodo republicano. Las actas de la reunión tardaron varios años en publicarse, ya que los documentos generados por la reunión hispalense y las memorias entregadas desaparecieron en el saqueo de la sede madrileña de la Real Sociedad Geográfica, lugar donde se custodiaban, pues el secretario perpetuo de la citada institución, José María Torroja Miret, había fungido como secretario general del congreso americanista. Terminada la contienda, Torroja emprendió la tarea de solicitar nuevas copias de sus trabajos a los congresistas, repartidos por todo el mundo. En la tarea contó con la colaboración activa del Ministerio de Asuntos Exteriores. Muchos autores no respondieron a la llamada por defunción, desidia o, simplemente, porque no fueron localizados. En cuanto a las actas de las sesiones, no se pudieron reconstruir, fal-

⁶⁰ Se trasladaron a Sevilla delegados de Alemania, Argentina, Austria, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Checoslovaquia, Dinamarca, España, Estados Unidos, Francia, Guatemala, Holanda, Italia, Japón, México, Nicaragua, Noruega, Panamá, Perú, Polonia, Portugal, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

tando ese testimonio fundamental del desarrollo del congreso sevillano. De cualquier forma, la edición de las mismas dejó un testimonio, en pleno franquismo, de lo mucho y bueno realizado durante la República. «Por eso, —escribió Marañón— en este instante se borra el dolor de los años tumultuosos; y al releer los papeles, ya casi viejos, del Congreso pretérito, corre por nuestro espíritu una brisa fresca que parece la misma de aquellas mañanas de Octubre de 1935, cuando trabajábamos junto al Guadalquivir, lleno de leyendas y de sabiduría, sin sospechar lo que meses más tarde iba a suceder»⁶¹.

Como ocurrió con otras comunidades científicas, la Guerra Civil diezmó y dispersó a los americanistas españoles. Las nuevas autoridades clausuraron los centros americanistas creados durante la República y levantaron sobre ellos otras instituciones tanto en Madrid como en Sevilla. Pero eso es otra historia. En el prólogo a la edición de las actas del XXVI Congreso Internacional Americanista —escrito en 1948—, el doctor Gregorio Marañón escribió con nostalgia: «que la tempestad que ha sacudido nuestras espaldas se ha llevado a muchos de nosotros, ha dispersado a otros, ha ahondado en casi todos el surco natural que el tiempo deja al pasar, y ha hecho cambiar inevitablemente el gesto de cada uno frente a los demás, frente a nuestro pasado y a nuestro porvenir»⁶². Por fortuna para muchos americanistas, los contactos realizados durante las primeras décadas del siglo entre instituciones de ambas orillas del Atlántico les permitió continuar con sus investigaciones en universidades y centros de investigación de Estados Unidos e Iberoamérica. Incluso muchos historiadores que no habían escrito ni una línea del pasado americano en España se reconvirtieron en americanistas, ayudando a conocer y comprender la historia de las repúblicas de acogida. Paradojas del destino: la guerra y el exilio produjeron más americanistas que la universidad española en todos los tiempos anteriores (Pedro Bosch Gimpera, José María Cruxent, Pedro Armillas, José Luis Lorenzo, Juan Comas, Pedro Carrasco, Ángel Palerm, etcétera). Afortunadamente, sus obras y sus ejemplos siguen vivas allí y aquí.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD CASTILLO, Olga, *El IV Centenario del Descubrimiento de América a través de la prensa sevillana*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1989.

ALTAMIRA, Rafael, *Programa de Historia de las Instituciones políticas y civiles de América y bibliografía*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1932.

_____, «L'Enseignement des institutions américaines à la Faculté de Droit de l'Université de Madrid», *Reseña y Trabajos Científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas (Sevilla, 1935)*, 2 tomos, Madrid, S. Aguirre Impresor, 1948, II: 42-55.

⁶¹ RESEÑA Y TRABAJOS CIENTÍFICOS, 1948, I: 7.

⁶² RESEÑA Y TRABAJOS CIENTÍFICOS, 1948, I: 6.

- ARTE PERUANO (Colección Juan Larrea). XXVI Congreso Internacional de los Americanistas. Sevilla, 1935*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1935.
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel, «El problema del americanismo en España», *Anales de la Universidad de Madrid. Letras*, 2 (Madrid, 1935): 232-237.
- _____, «La moderna ciencia americanista española (1938-1950)», *Revista de Indias*, 9 (Madrid, 1949): 5-21.
- _____, «El problema del americanismo en España», *Revista de la Universidad de Madrid*, II / 7 (Madrid, 1953): 333-346.
- _____, «Los comienzos de un instituto y de una revista», *Revista de Indias*, XLIX/187 (Madrid, 1989): 545-553.
- BERNABÉU ALBERT, Salvador, «Un señor que llegó del Brasil. Américo Castro y la realidad histórica de América», *Revista de Indias*, LXII/ 226 (Madrid, 2002): 651-673.
- _____, «La pasión de Ramón Iglesia Parga (1905-1948)», *Revista de Indias*, LXV/235 (Madrid, 2005): 755-772.
- _____, «De leyendas, tópicos e imágenes. Colón y los estudios colombinos en torno a 1892», Consuelo Varela (ed.), *Cristóbal Colón, 1506-2006. Historia y Leyenda*, Palos de la Frontera, Universidad Internacional de Andalucía, Ayuntamiento de Palos de la Frontera, CSIC, 2006: 299-333.
- _____ y NARANJO OROVIO, Consuelo (eds.), «Historia contra la «desmemoria» y el olvido: el americanismo en el Centro de Estudios Históricos y la creación de la revista *Tierra Firme* (1935-1937)», *Tierra Firme*, edición facsimil, Madrid, Residencia de Estudiantes-CSIC, 2007, estudio introductorio.
- BOYD, Carolyn P., *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000.
- CALDERÓN QUIJANO, José Antonio, *El Americanismo en Sevilla, 1900-1980*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1987.
- CARBIA, Rómulo D., *La crónica oficial de las Indias Occidentales: estudio histórico y crítico acerca de la historiografía mayor de Hispano-América en los siglos XVI al XVIII, con una introducción sobre la crónica oficial de Castilla*, Buenos Aires, Ediciones Buenos Aires, 1940.
- CATÁLOGO de los Fondos Cubanos del Archivo General de Indias*, 3 tomos, Sevilla, Instituto Hispano Cubano de Historia de América, 1929-1935.
- CIUDAD, Andrés e IGLESIAS, María Josefa, «La Arqueología Americana en la tradición arqueológica española», *Complutum*, 16 (Madrid, 2005): 231-243.
- COLLANTES DE TERÁN, Francisco, «Galería de retratos de sevillanos ilustres que se conserva en la Biblioteca del Excmo. Cabildo, donde se ha concedido preferencia al del Almirante y Descubridor del Nuevo Mundo, D. Cristóbal Colón, por su alto renombre y por la circunstancia de conservarse en ella la famosa librería de su hijo D. Fernando, que dio a la Biblioteca el nombre de Colombina», *Archivo Hispalense*, III (Sevilla, 1887): 169-176 y 234-241.

- CRÓNICA del tercer Congreso Católico Nacional Español. Discursos pronunciados en las sesiones públicas y reseña de las memorias y trabajos presentados en las secciones de dicha Asamblea celebrada en Sevilla en Octubre de 1892, Sevilla, Tipografía de El Obrero de Nazaret, 1893.
- DALLA CORTE, Gabriela y PRADO, Gustavo H., «Luces y sombras de dos paradigmas del americanismo español en la renovación del diálogo hispanoamericano (1909-1912)», *Anuario de Estudios Americanos*, 63/2 (Sevilla, 2006): 195-216.
- DANTÍN CERECEDA, Juan y LORIENTE CANCIO, Vicente, *Atlas Histórico de la América Hispano-Portuguesa*, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Sección Hispanoamericana, 1935-1936.
- FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo y VILLEGAS SANZ, María José, *Relaciones culturales entre España y América: La Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992.
- GARCÍA ISASTI, Prudencio, «El Centro de Estudios Históricos durante la guerra civil española (1936-1939)», *Hispania*, LVI/194 (Madrid, 1996): 1071-1096.
- GÓMEZ IMÁZ, Manuel, «Documentos autógrafos e inéditos del General D. Francisco Javier Venegas, primer Marqués de la Reunión de Nueva España (1754-1838)», *Archivo Hispalense*, I (Sevilla, 1886): 241-248, 322-328 y 343-354.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario, «Los orígenes del americanismo universitario en España», *Crédito y Razón*, 14 (Madrid, 1983): 21-32.
- HOYOS Y LARAVIEDRA, Francisco de, «Hijos ilustres de Sevilla», *Archivo Hispalense*, III (Sevilla, 1887): 42-47 y 97-196.
- LATHRAP, Donald W., «Reseña de Luis Pericot García», *American Anthropologist, New Series*, 65/2 (Washington, 1963): 418-420.
- LÓPEZ GÓMEZ, Pedro, *La Expedición Iglesias al Amazonas*, Madrid, Organismo Autónomo de Parques Nacionales, 2002.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, José María, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons-CSIC, 2006.
- MAEZTU, Ramiro de, *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Homo Legens, 2005.
- MALAGÓN, Javier y ZAVALA, Silvio, *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, UNAM, 1971.
- MARTIN, Percy Alvin, «El Centro de Estudios de Historia de América en la Universidad de Sevilla», *Hispanic American Historical Review*, XIV/2 (Durham, 1934): 244-247.
- MATEO GÓMEZ, Isabel, *Diego Angulo Iníguez, historiador del arte*, Madrid, CSIC, 2001.
- MEMORIA correspondiente a los cursos 1933 y 1935 [CEH], Madrid, Junta para Ampliación de Estudios, 1936.
- MÉNDEZ BEJARANO, Mariano, «Sevilla y América», *Revista de las Españas*, 1 (Madrid, junio de 1926): 27-30.

- MORALES PADRÓN, Francisco, «Los americanistas andaluces del siglo XIX», en José Hernández Palomo (ed.), *Andalucía y América en el siglo XIX*, 2 tomos, Sevilla, EEHA, CSIC-Diputación de Huelva-Caja Provincial de Ahorros de Huelva, 1986: 129-153.
- OTS CAPDEQUÍ, José María, «Sevilla y la moderna historiografía hispano-americana», *Tierra Firme*, 3 (Madrid, 1935): 143-160.
- _____, «La expansión del derecho español en las Indias», *Tierra Firme*, 1 (Madrid, 1936a): 73-87.
- _____, «El régimen municipal hispanoamericano del período colonial», *Tierra Firme*, 3-4 (Madrid, 1936b): 353-381.
- _____, «Sevilla y la moderna historiografía hispanoamericana», *Reseña y trabajos científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas (Sevilla, 1935)*, 2 vols., Madrid, 1948, II: 208-218.
- PASAMAR ALZURIA, Gonzalo, «La historiografía profesional española en la primera mitad del siglo actual: una tradición liberal truncada», *Studium. Geografía. Historia. Arte. Filosofía*, 2 (Teruel, 1990): 133-156.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio y PASAMAR ALZURIA, Gonzalo, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Ediciones Akal, 2002.
- PEÑA y CÁMARA, José María de la, *Archivo General de Indias. Guía del Visitante*, Valencia, Tipografía Moderna, 1958.
- PÉREZ AGUDO, Eduardo, «Lamentable olvido en la enseñanza: Los estudios hispanoamericanos», *Revista de Segunda Enseñanza*, 4/19 (abril 1926): 6-13.
- PERICOT Y GARCÍA, Luis, *América Indígena*, Tomo I de la *Historia de América y de los pueblos americanos*, Barcelona, Salvat Editores, 1936.
- PRADO, Gustavo H., «La estrategia americanista de Rafael Altamira tras la derrota del proyecto ovetense (1910-1936). Entre el lobby parlamentario y el refugio académico», Ariadna Lluís, Gabriela Dalla Corte y Ferrán Camps (eds.), *De las independencias al Bicentenario. Segundo Congreso Internacional de Instituciones Americanistas*, Barcelona, Casa América Catalunya, 2007: 71-88.
- RAMOS GÓMEZ, L. y BLASCO BOSQUED, M.C., «Gestación del Museo de América», *Cuadernos Prehispánicos*, 7 (Madrid, 1979): 79-93.
- RESEÑA y Trabajos Científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas (Sevilla, 1935)*. 2 tomos, Madrid, S. Aguirre Impresor, 1948.
- SEGUNDO Congreso de Histórica y Geografía Hispano-Americanas, Sevilla, 1921. Actas y Memorias*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Jaime Ratés, 1921.
- SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons-Fundación Carolina, 2005.

TABANERA GARCÍA, Nuria, *Ilusiones y desencuentros: La acción diplomática republicana en Hispanoamérica (1931-1939)*, Madrid, CEDEAL, 1996.

VÉLEZ JIMÉNEZ, Palmira, «El archivo de Indias y la historiografía liberal española», *Studium*, 5 (Teruel, 1993): 35-69.

_____, «La Cátedra Cartagena o el surgimiento del americanismo arqueológico en España», Gloria Mora y Margarita Díaz-Andreu (eds.), *La cristalización del pasado: Génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, MEC, CEH, 1997: 463-470.

ZAVALA, Silvio, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Sección Hispanoamericana I, 1935a. [Segunda edición corregida y aumentada, México, Porrúa, 1971].

_____, *La encomienda indiana*, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, Sección Hispanoamericana II, 1935b. [Segunda edición corregida y aumentada, México, Porrúa, 1973].

This article analyzes the situation of Americanism in Spain on the eve of the Civil War. This latter violently broke the scientific community which was then in boom, as it is shown by the Chairs, Centers, Institutes and Seminars created during the years of the Second Republic. The Governments' aim at fostering relations with Latin America favoured the exchange of professors and fellows, the celebration of gatherings on both sides of the Atlantic, and the publication of book collections and specialized reviews. Our study is centered on the Madrid and Sevilla foundations which became the most active centers of the Spanish Americanism. Besides the institutions and scientific protagonists, I intend to highlight the methodological and thematic novelties as well as the efforts to consolidate the Pre-columbian studies.

KEY WORDS: *Americanism, University, education, international relations, Second Republic.*
